



Pedro Antonio de Alarcón

La Semana Santa

«Per troppo variar natura è bella»- dicen hasta los que no saben el italiano: y es la pura verdad.

El mundo- entendiendo por mundo a los habitantes de la Tierra, y no a todos, sino a esos bípedos implumes que los optimistas han dado en llamar racionales (lo cual, dicho en absoluto, es tan temerario como llamar oro a todo lo que reluce),- los hombres, digo, lo han comprendido así: esto es, han comprendido que la Naturaleza es bella por lo demasiado varia, y, a fin de no ser menos que su madre, han puesto todo su prurito en dar variedad a la vida civil, a la vida social, o como queráis llamarle a esta vida de perros que llevamos los pueblos civilizados.

En su consecuencia, tenemos (ciñéndonos ahora a lo que pasa en Madrid) que de los doce meses del año no hay dos en que los descendientes del gran cesante llamado Adán distraigamos nuestros ocios de una misma manera.

Enero es el mes de los estrechos, de los aguadores y cocheros que creen en la venida periódica de los Santos Reyes, del cerdo de San Antón, del tarjeteo, de los bailes aristocráticos, de los patinadores, y de la toma de posesión de los concejales nuevos.

Febrero brilla por sus bailes de máscaras, por sus teatros caseros, por su rifa de la Inclusa y por su Carnaval plagado de estudiantinas y de hombres vestidos de mujer.

Marzo, por sus vigiliias, su día de San José, sus sermones, sus novenas y sus setenarios.

Abril, por su Semana Santa.

Y no paso adelante, pues que estamos en Abril y hoy es domingo de Ramos.

¡Ved! Los mismos carpinteros que ayer improvisaban un tablado sobre las butacas de los Teatros para disponer aquellas mascaradas frenéticas de toda una noche, que terminaban siempre con la consabida galop infernal, arreglan hoy en las Iglesias los Monumentos del Jueves Santo: las mismas damas que diableaban hace un mes en el Teatro Real bajo un antifaz de seda, o mejor dicho, sin el antifaz que usan todo el año, se preparan hoy a pedir limosna para los niños de la Inclusa en las puertas de los templos: los tertulios de sus salones y de sus palcos, o los jinetes que en el Prado suelen acercarse a la portezuela de sus coches, son invitados, no a una soirée, ni a una conferencia matinal en el tocador, ni a un día de campo en Aranjuez, sino a San Luis, a San Antonio de los Portugueses o a Santo Tomás, a que contribuyan con un pedacito de oro a dejar bien puesto el pabellón de las bellas postulantes: los más empedernidos Lovelaces obedecerán el Jueves a tan piadosa intimación, después de lo cual se plantarán enfrente de las iglesias a ver entrar y salir a las mujeres, lo mismo a las casadas que a las solteras y a las viudas, pareciéndose en esto a aquel de quien se dijo:

El señor don Juan de Robres,

Con caridad sin igual,

Hizo este santo hospital

Y también hizo a los pobres.

Item- El paseo público se traslada el Jueves a la calle de Carretas, y el Viernes a la calle Mayor. Estos días no ruedan sobre los adoquines de la corte más carruajes que las diligencias, las sillas-correos y los carros de la limpieza. Los soldados llevan los fusiles a la funerala, con la culata hacia arriba. En lugar de campanas, suenan carracas en las torres de las iglesias. Los tambores están destemplados... de intento. La bandera nacional, izada a media asta sobre los edificios públicos, pregona el duelo. Todo, pues, ha cambiado de forma, de sitio y de hora; pero la

gente es la misma, y mañana no se acordará de la compunción religiosa de hoy como hoy no se acuerda de las calaveradas de ayer.

A los buenos católicos, que aún somos muchos en España, nos ofende este aire frívolo de la Semana Santa de Madrid; pero, en cambio, como buenos patricios que somos también, nos llena de orgullo y de satisfacción el irresistible garbo con que las madrileñas lucen estos días por esas calles de Dios la nunca bien ponderada mantilla española.

¡La mantilla española!- ¡He aquí la verdadera heroína de la Semana Santa!- Yo admiro y amo el sombrero francés; pero no puedo menos de cantar las excelencias y ventajas de la clásica mantilla, bandera nacional de nuestras mujeres. ¡Y bandera negra ,vive Dios.... hasta cuando es blanca! ¡Enseña de una guerra sin cuartel! ¡Símbolo de amores a vida o muerte! ¡Bandera tan negra como los odios, como los celos, como las trenzas de pelo regaladas a media noche y los demás enseres del guardarropa de las pasiones meridionales! ¡Bandera tan negra como los ojos de las mantenedoras y como la sangre de los que penan por su querer! ¡Bandera negra que no arrancarán de los hombros de nuestras andaluzas todas las ladys y demoiselles del mapa-mundi!- Pido, pues, que se coloque una mantilla nacional en la Basílica de Atocha.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

